

EL REGAÑON GENERAL.

Miércoles 28 de Diciembre de 1803.

EDUCACION.

Carta de un padre á sus dos hijos que tenia en un Colegio.

Hijos míos: Si yo os he separado de mi compañía es para que permanezcáis mas tiempo en ella, y haceros mas útiles y felices. Acordaos siempre de lo pasado para conducir os en el tiempo presente, y arreglar vuestros principios para lo venidero. Vuestra madre os ama mucho, procurad pues conservar este tierno afecto.

Temed á Dios, y cuidad de ser hombres de bien, que lo seréis seguramente si grabáis en vuestro espíritu la máxima de no hacer á nadie cosa alguna que no quisierais que se hiciese á vosotros. No esteis jamas ociosos, y que las horas mismas de recreacion siempre tengan, si es posible, alguna utilidad.

Reflexionad lo que vendrá á sucederos, si sumergidos en la ignorancia y en los vicios, y privados del socorro y del amor de vuestros padres, os exponeis á vivir léjos de ellos, errantes y vagamundos, sin mas recurso que en vosotros mismos, y menospreciados de la sociedad. Al contrario, si os aprovecháis de mis consejos, y del sacrificio que hago á fin de costear los gastos de vuestra educacion, os ganareis amigos, tendreis mil delicias, y trabajareis en nuestra felicidad y en la vuestra. Procurad ser amables por vuestras costumbres: sed siempre honrados é irreprehensibles en vuestra conducta, y haced que yo pueda gloriarme de llamaros hijos míos, porque no os reconoceré por tales si procurais engañarme, y abusar de mi confianza por una hipocresia pérvida.

Vuestra felicidad me interesa tanto como mi existencia, y

yo como vuestro padre os debo servir de exemplo, y como vuestro amigo debo daros mis consejos. Yo he cumplido ya mi obligacion con vosotros, no debeis ser ingratos, sino cumplir la vuestra conmigo. *Imitad mi exemplo, y seguid mis consejos*: esto es todo lo que exijo de vosotros. Le importa mucho á mi felicidad el que no hagais reprehension á mi memoria, y así no ceso de velar sobre mi conducta: quando yo no exista ya no podré instruiros, y así es preciso aprovechar los momentos, y que hablemos, vosotros de vuestra emulacion y progresos, y yo de la alegría que me deben causar.

Jamas he conocido los excesivos placeres, ni las grandes penas, porque nunca he querido salir de mi esfera. Bien sabeis que hubiera podido vivir con honor en lo que se llama el gran mundo, y aprovecharme de las ventajas que me han ofrecido sugetos de la primer calidad; pero, por fortuna, siempre ha prevalecido en mí la inclinacion á la vida retirada; y aunque el retiro no sea el mas á propósito para exáminar á los hombres, sin embargo, yo los he tratado bastante para fixar mi opinion sobre mis semejantes, y puedo decir que los he visto á todos susceptibles de las mismas inclinaciones, de los mismos vicios, y de las mismas virtudes. El fondo en todos es igual: un poco mas ó ménos cultura y freqüencia del mundo es lo que hace la variedad y la diferencia aparente de la sociedad. Este exámen, y la historia de mis contemporáneos, han aumentado mi experiencia, y fixado mi gusto en los placeres inocentes y tranquilos.

El resultado de mis meditaciones es que los *placeres* cuestan demasiado caros para desearlos con ansia; que la *soledad* es demasiado agradable para menospreciarla; que la *ociosidad* es muy dañosa para abandonarse á ella, y que el *estudio* es demasiado útil para no amarlo. Exáminemos, pues, por un instante estas quatro cosas.

Los que comunmente se llaman placeres de la vida no es mas que un gozo efímero, que siempre está acompañado de amarguras. El tormento del deseo se apodera luego de nuestra alma, y apetece con vehemencia nuevos placeres mas vivos que los primeros, y esta memoria es un veneno mortal que se introduce en el cuerpo y en el espíritu; al fin llega el fastidio á mezclarse en ellos, y todo lo que nos rodea nos causa indiferencia y disgusto.

Los placeres de los epicureos no consistian mas que en dos cosas, que eran la mesa, y la pasion por el otro sexó. Quitad-

les, pues, á las gentes del gran mundo la buena comida y el deleyte sensual, y se lo quitareis todo. Los placeres de la mesa son muy perniciosos, porque entorpecen nuestros órganos, debilitan nuestra constitucion física, abrevian nuestra vida, y la someten á toda especie de enfermedades. La sensualidad produce en nuestras facultades morales el mismo daño que la mesa en las físicas, de suerte que el gozar así de la vida, es padecer en realidad.

Por soledad no entiendo la separacion absoluta de sus semejantes, sino el gusto de hallarse uno bien consigo mismo, y reducirse á tratar con un corto número de amigos, elegir en sus paseos los parages mas separados del bullicio, y mas deliciosos para gozar la calma admirable de la naturaleza, cumplir las obligaciones de su estado, y aislarse en su propia familia, que es la delicia mayor que se puede tener en el mundo. En ella no experimentareis altiveces, desdenes, ni otras ridiculeces de estas, que con tanta frecuencia se notan en la sociedad; vuestros oidos no serán profanados con la maledicencia; vuestros ojos no se deslumbrarán con el orgullo; vuestro corazon no será poseido de la indiferencia, ni vuestro espíritu tendrá que sufrir las conversaciones pesadas de todas esas gentes que creen que tienen talento porque hacen reir á los demas, riéndose ellos ántes, y que no vienen á ser sino unos bufones que no sirven mas que de escarnio y de juguete.

Pasemos, pues, á la necesidad de emplear útilmente todos los instantes de nuestra vida. No olvideis jamas que el trabajo es el compañero inseparable del honor y de la felicidad, y que á él le debemos el agrado que gozamos en el descanso y el retiro. La ociosidad es, como lo sabeis, la madre de todos los vicios, y esta definicion tan justa basta para conocer toda la vergüenza que puede causar. El hombre ocioso no puede ser jamas buen hijo, ni buen padre, ni buen marido, ni buen amigo, ni buen ciudadano. ¿Qué será pues? Nada mas que el oprobio de su familia y de la sociedad. Así pues, vosotros no sereis ociosos, si quereis que yo sea feliz, y que pueda gloriarme de ser vuestro padre.

Falta que hablaros del estudio. Esta materia presenta una carrera tan vasta y brillante, que no puedo recorrerla toda entera. Como mi carta no es una disertacion, sino una conversacion sencilla, no os hablaré del estudio, sino baxo del punto de vista que os conviene por ahora.

Dividir el tiempo entre los negocios y el estudio es, á mi

parecer, el medio mas seguro de no fastidiarse jamas, y vivir feliz. El tiempo es tan precioso, y los momentos de nuestra existencia pasan con tanta rapidéz, que seria menospreciarse á sí mismo, y ser uno su propio enemigo, para no emplearlos con economía. Quando yo observo el uso que se hace comunmente del tiempo, que la mitad de la vida se pasa durmiendo, la quarta parte en la comida, y la otra quarta parte que queda para cumplir nuestros deberes, ó cultivar nuestro entendimiento, casi la absorbemos en nuestros gustos é inclinaciones, no puedo ménos de conocer que á nosotros mismos solamente nos debemos quejar de nuestra ignorancia, y de los males que padecemos.

Empleemos, pues, el tiempo de la manera siguiente: de las veinte y quatro horas del dia demos

- 6 al sueño.
- 3 á la mesa.
- 4 al recreo.
- 7 al desempeño de las obligaciones.
- 4 al estudio.

Con esta division y arreglo tendremos tiempo para todo, y las quatro horas reservadas para el estudio bastarán á ilustraros, y á formar vuestro juicio. Si se me dice que un comerciante no puede ni debe ocuparse en otra cosa mas que en su comercio, es un error muy grande: que economice el tiempo, que guarde órden en su distribucion, que duerma ménos, y se arregle por mi cálculo, que él tendrá seguramente tiempo de sobra para el estudio, aun quando le sea preciso trabajar diez horas en su bufete, lo que es casi imposible en la casa de comercio que tenga mas negocios. Yo puedo juzgar por experiencia propia, y dar el exemplo de lo que afirmo.

Al nacer hemos recibido todos un don de inteligencia que nos conduce á instruirnos, y si queremos ser ingénuos debemos confesar que no hay individuo alguno libre en el mundo que no pueda dividir el tiempo de su vida segun el cálculo que ya he manifestado, con poca mas ó ménos modificacion.

En lugar de entretenernos en conversaciones ociosas, de las que no saca fruto alguno el espíritu ni el corazon, y que absorven un tiempo considerable, ¿no valdria mas combinar discretamente los placeres, ganar amigos honrados y útiles, examinar nuestra alma, meditar sobre las maravillas de la natura-

leza, estudiar á los hombres, y trasladar al papel las reflexiones que se hagan? Qualquier comerciante que ame las letras será hombre de bien, amará la virtud, conocerá lo que vale la beneficencia y la amistad, evitará todo lo que pueda tener apariencia de fraude, ó que sea vicioso, y cumplirá todos sus contratos. No será el estudio quien le arruine, sino los placeres y el juego, y arrastrado por este efecto de la ociosidad abandonará sus negocios, se corromperán sus costumbres, se aumentarán sus gastos, y al fin llegará á desaparecer de la sociedad.

(Se concluirá.)

SECRETARÍA.

CORRESPONDENCIA LITERARIA DEL MES.

Concluye la Carta duodécima puesta en el Número antecedente.

Estando, pues, empeñado en la decision de un punto tan delicado é importante, mi criada, ó el diablo en figura de ella, llegó á la puerta del chiquero donde teniamos la junta, y me dixo: Señor, el señor Don Rosendo, que le haga su merced el favor de oírle, que es cosa que importa, y despachará presto: si vmd., señor Regañon de mi alma, conociera á Don Rosendo *plomo*, que así le llamo yo, y lo maza que es, y la precision que yo tenia de oírle, entónces entendiera quanto fué mi enfado en aquel instante; por fin, no habia remedio, era fuerza servirle, y así dixé á Zabala que me hiciese favor de esperar un poco, y entre tanto conduxe á mi estudio al señor mio, cuyo carácter y talento conocerá vmd. por la conversacion que tuvimos, y se contiene en el siguiente

Diálogo entre Don Rosendo plomo, y este Pecador.

D. R. Amigo, vmd. extrañará mi majadería, porque conozco que vengo á una majadería, pero los hombres... vmd. tambien tendrá sus tontunas, porque de médico, poeta y loco todos tenemos un poco, y vmd. es poeta, con que tambien ha de ser mas tonto que yo, ¿digo bien? — Perfectamente, señor Don Rosendo, continúe vmd. D. R. Vmd. ha de sentar por su-

puesto que yo vengo á una tontería , pero ha de suponer tam-
 bien que es una tontería de suma importancia , se entiende pa-
 ra mí. — Lo supongo así , señor Don Rosendo. D. R. ¿ Tie-
 ne vmd. hora? — Las once van á dar. D. R. Vmd. irá con la
 Catedral. — Sí señor. D. R. Mal hecho , por las mañanas
 principalmente le adelantan ó le atrasan , como les acomoda á
 los Prebendados ; yo voy con el sol , que es infalible. — Muy
 bien hecho , y vamos al asunto. D. R. ¿ Creerá vmd. que estoy
 porirme y no decirlo? — Como vmd. quiera , pero si lo ha
 de decir sea breve , porque estoy de prisa. D. R. Pero vamos,
 vmd. sabe lo que es el mundo , y no se maravillará de nada:
 las mugeres son los mismos demonios. — Sí señor , mi criada
 merecia estar en los infiernos. D. R. Pues ¿ qué ha hecho? —
 Nada , siga vmd. D. R. ¿ Qué he de seguir , si estoy avergon-
 zado? ¿ No me lo conoce vmd. en la cara? — No señor.
 D. R. ¿ Cómo que no? Yo mismo conozco que se me ha muda-
 do el semblante , tóqueme vmd. la frente: ¿ no ve vmd. como
 sudo , y las llamaradas de calor que me suben? — Está muy
 bien ; pero sea lo que se fuere , el secreto es una de las prime-
 ras obligaciones de mi oficio , y jamas he faltado á guardarlo.
 D. R. Pues el hombre que trata con mugeres está sujeto á que
 le suceda lo que á mí , y cada dia vemos lances y aconteci-
 mientos. . . . Vmd. habrá leído la sagrada Escritura , y lo que
 le pasó á Sanson con los fariseos por una muger. — ¿ Con los
 fariseos? No hago memoria. D. R. Quando le cortáron el pe-
 lo , y le sacáron los ojos. — Ya , ya caigo , esos fuéron los
 filisteos. D. R. Tiene vmd. razon , los filisteos , sí , los filis-
 teos ; pero filisteos y fariseos poco se llevan. — No , no se
 llevan mucho ; pero ¿ á vmd. qué le sucede? D. R. Lo mismo
 que á Hércules quando la otra le hizo hilar ; porque , amigo , le
 entontecen á uno ; pero al asunto , vmd. sabe siete lenguas
 perfectamente. — ¡ Jesus ! La castellana medianamente , y tra-
 ducir con harto trabajo alguna otra. D. R. ¿ Á qué viene eso
 si sabemos todos el talento de vmd.? Dios da sus dones á quien
 quiere. — Vmd. me hace mas favor que yo merezco , pero no
 sé mas que lo dicho. D. R. No me importa , en sabiendo vmd.
 el inglés me basta para salir de mi apuro , y me ha de sacar
 ahora mismo , porque de lo contrario me arañan , y son tres.
 — ¿ Quiénes son tres? D. R. Las tres hermanas , ¿ no cae
 vmd.? — Qué he de caer , si me vuelve vmd. loco. D. R. Voy
 á inteligenciar á vmd. ¿ Conoce vmd. esta perrita? — No , si-
 no para servirla. D. R. Ya , cómo la ha de conocer , si no la

habrá vmd. visto en su vida. Ello yo no extrañó que estén locas, porque es preciosa, vea vmd. que trompita tan mona, y que lanas tan finas, tóquelas vmd., es inglesa, de veras, inglesa por los quatro costados, nacida en el mismo Lóndres, la ha traído un Capitan inglés que ha venido á Alicante cargado de bacalao, suela, arenques. . . aquí traigo la lista por casualidad: lista de los géneros que ha traído el Capitan James Willistan (los géneros de contrabando no vienen aquí): primeramente — Por Dios, por Dios, señor Don Rosendo, vamos al asunto, que estoy de prisa. D. R. Pues ¿no le he de enterar á vmd. — Pero ¿qué nos importa el cargamento del navío, ni el Capitan? D. R. Como es el que ha traído la perra. — Bien, pero al asunto de vmd. D. R. Mi asunto es que este Capitan regaló la perrita á una señora de Alicante, que vino aquí la semana pasada, y se fué otra vez, y la regaló á unos sugetos, que son las tres consabidas. — Y ¿qué tenemos con eso? D. R. ¿Qué tenemos? Púes ese es el diablo, que se han empeñado en que yo he de bautizar la perra. — Hombre, se burla vmd. ¡bautizar la perra! D. R. No sea vmd. tan material, no es que la bautice, sino que la ponga nombre, porque el que dixo la que vino de Alicante es tan enrevesado que no atinan con él, y, como digo, quieren que yo la ponga nombre. — Pues ¿qué dificultad tiene eso, llámese diablesa, ó sabandija, ó como vmd. quiera. D. R. Vea vmd. lo que yo me temia, que vmd. se habia de enfadar de mi tontuna. — No señor, yo no me enfado, pero ¿qué dificultad tiene eso? D. R. La mayor del mundo, porque como la perra es inglesa, quieren que el nombre sea tambien inglés, y ha de ser nombre de muger, ó cosa de muger, como la *Señorita*, ó la *Niña*, ó así, y á mas ha de ser fácil de pronunciar; ahora vea vmd. qué sé yo de nada de esto, yo les propuse que la llamáran *Clara Harlove*, que no sé otro nombre de muger inglesa, y dicen que es muy largo. — Pues que la llamen Ana Bolena, que es mas corto. D. R. ¡Ana Bolena! Pues ¿no ve vmd. que esa es la que perdió la christiandad? Vaya, déxese vmd. de chanzas, y piense qué nombre la hemos de poner, y perdonar por mi majadería, que la conozco.

En efecto, púseme á pensar, no en aquello, sino en mi mala suerte y peor ventura, y en la maldita obra que me hacia este pelmazo, y que mi pobre cerdo se ahogaba, y Zabala se iria; y así revolviendo en mi cabeza este tropel de cosas, estaba para dar un estallido, quando Zabala entró en mi estudio, y

viéndome absorto, me creyó ocupado en su mismo asunto, y me dixo resueltamente: vmd. no tiene que pensar en el caso, cortémosle el rabo, y salimos de la dificultad. Alteróse Don Rosendo, y tanto que hube de decirle: Señor, el amigo Zabala habla de un cerdo que hay en casa enfermo de colorin, y que se está ahogando: ya ve vmd. mi conflicto, yo no sé una jota del inglés, pero conozco á un amigo que ha estado veinte años en Rusia, y le habla tan cerrado que nadie le entiende; él me dará un nombre para ese animal, y creo que le ha de acomodar á vmd. Pues le encargo á vmd., me dixo, que me lo escriba, y en romance, lo que signifique, para que lo entiendan las mugeres: fuese, y dexóme tan volado, que arrebatando la pluma, disparé ese Soneto, que vale poco, pero debe incluirse en el Regañon, siquiera porque éste y otros muchos de su jaez conozcan lo que son, y lo que molestan al género humano.

Hombre que comes pan, y deberias
 Henchir mejor de paja la bartola,
 ¿Quién fué el maldito que te puso en chola
 El molerme con mil majaderías?
 ¿Faltan en la ciudad caballerías
 Con quienes fueses á tender la cola,
 Ó acaso piensas ser única y sola,
 Donde miles de miles hallarias?
 Engañaste á mi fe, y estás en tierra
 Que lleva como coles botarates,
 Y alcornoques sin término ni cabo;
 Ve á ellos, majadero, con tu perra,
 Que si vuelves acá con mas dislates
 Llamo á Zabala que te corte el rabo.

CON REAL PRIVILEGIO.

MADRID

EN LA IMPRENTA DE LA ADMINISTRACION DEL REAL ARBITRIO DE BENEFICENCIA.